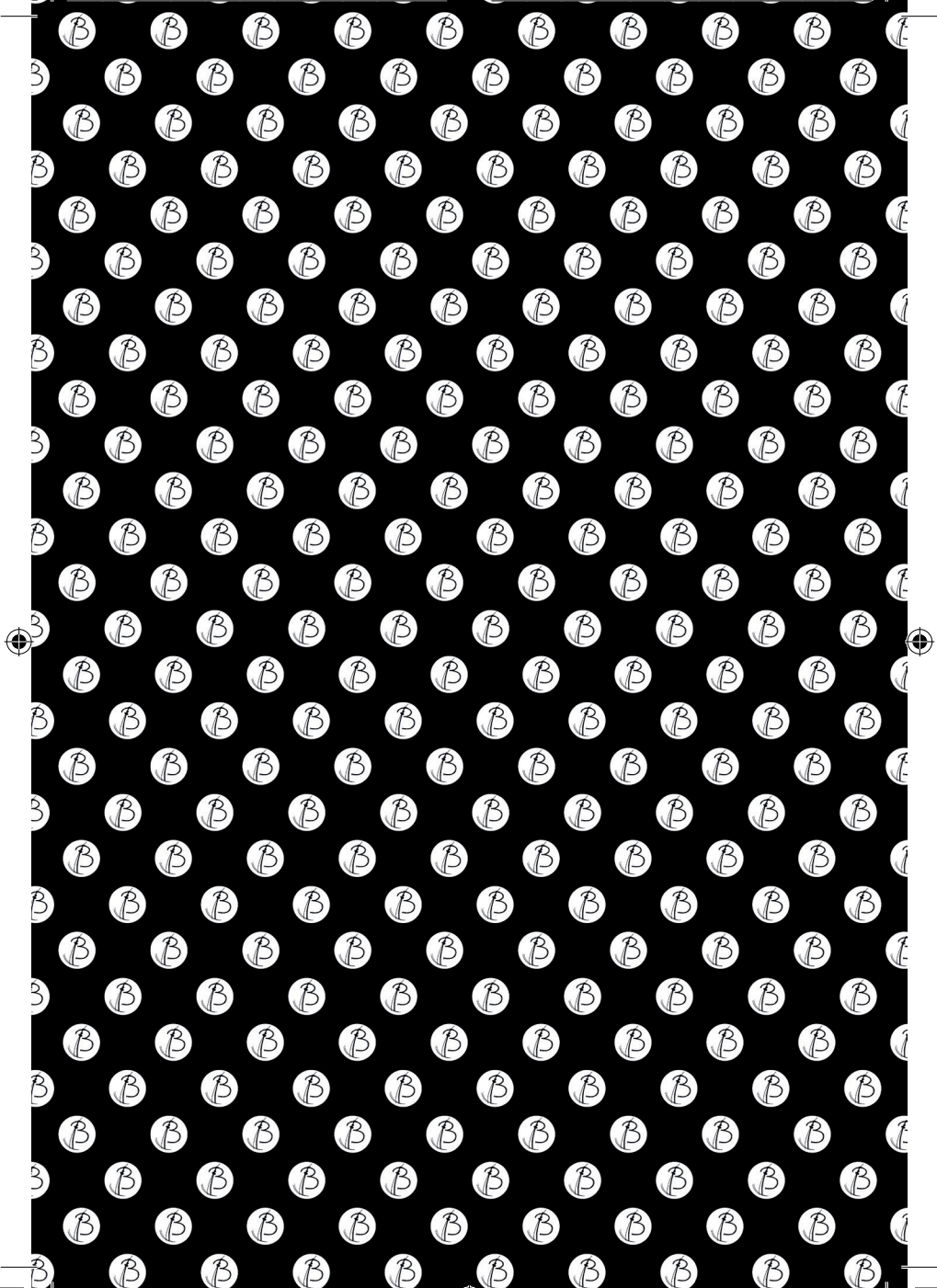
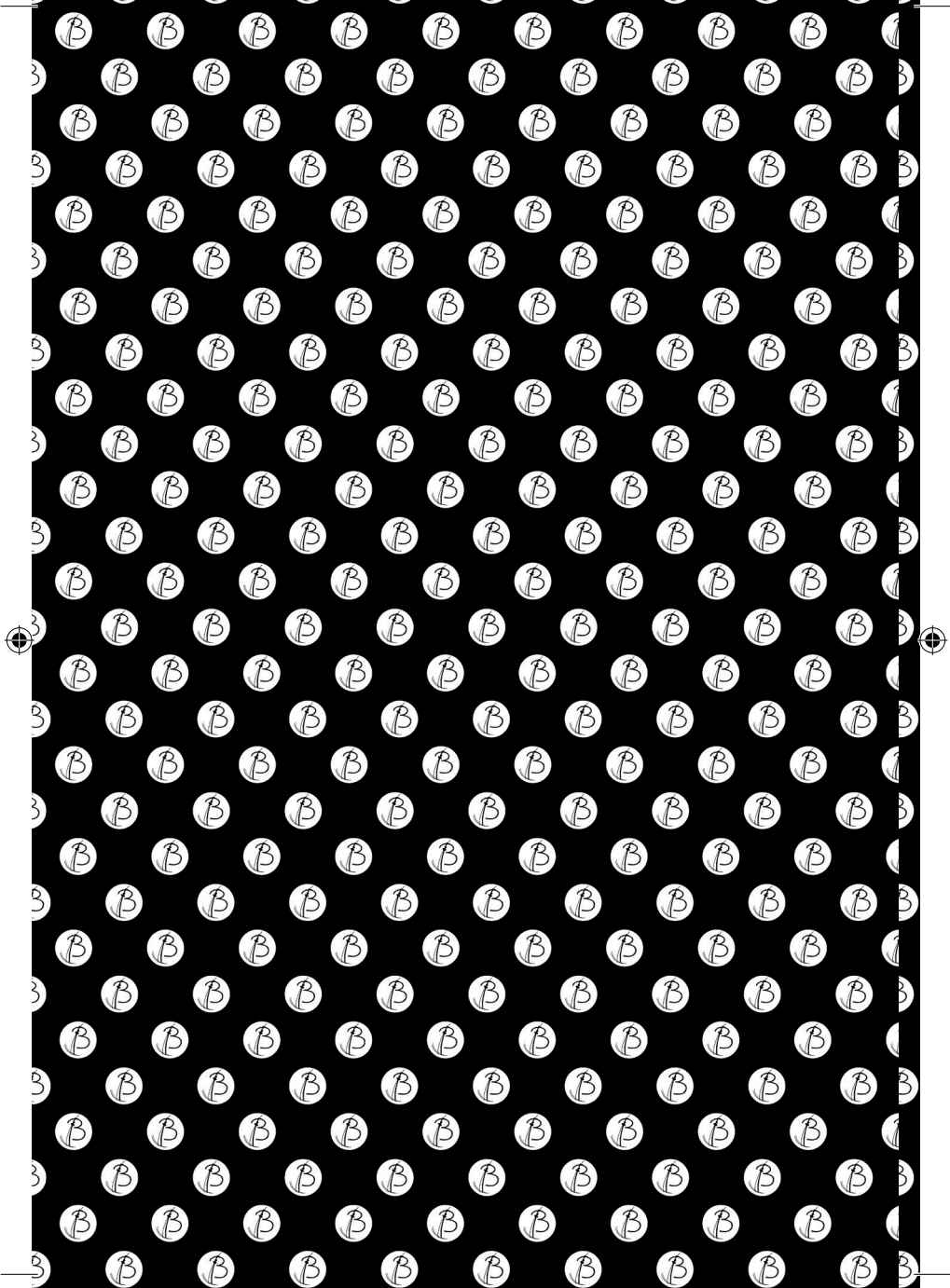
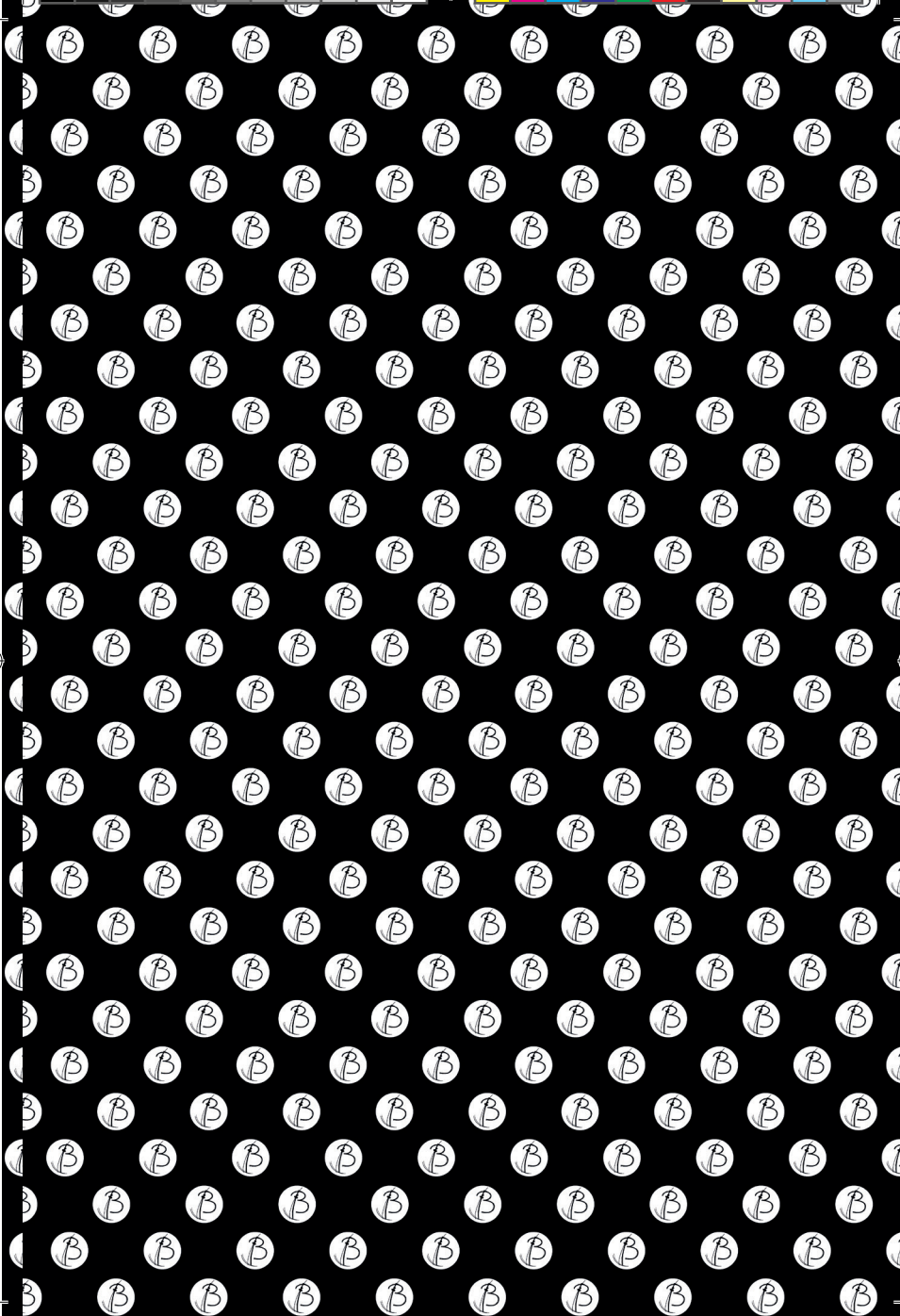
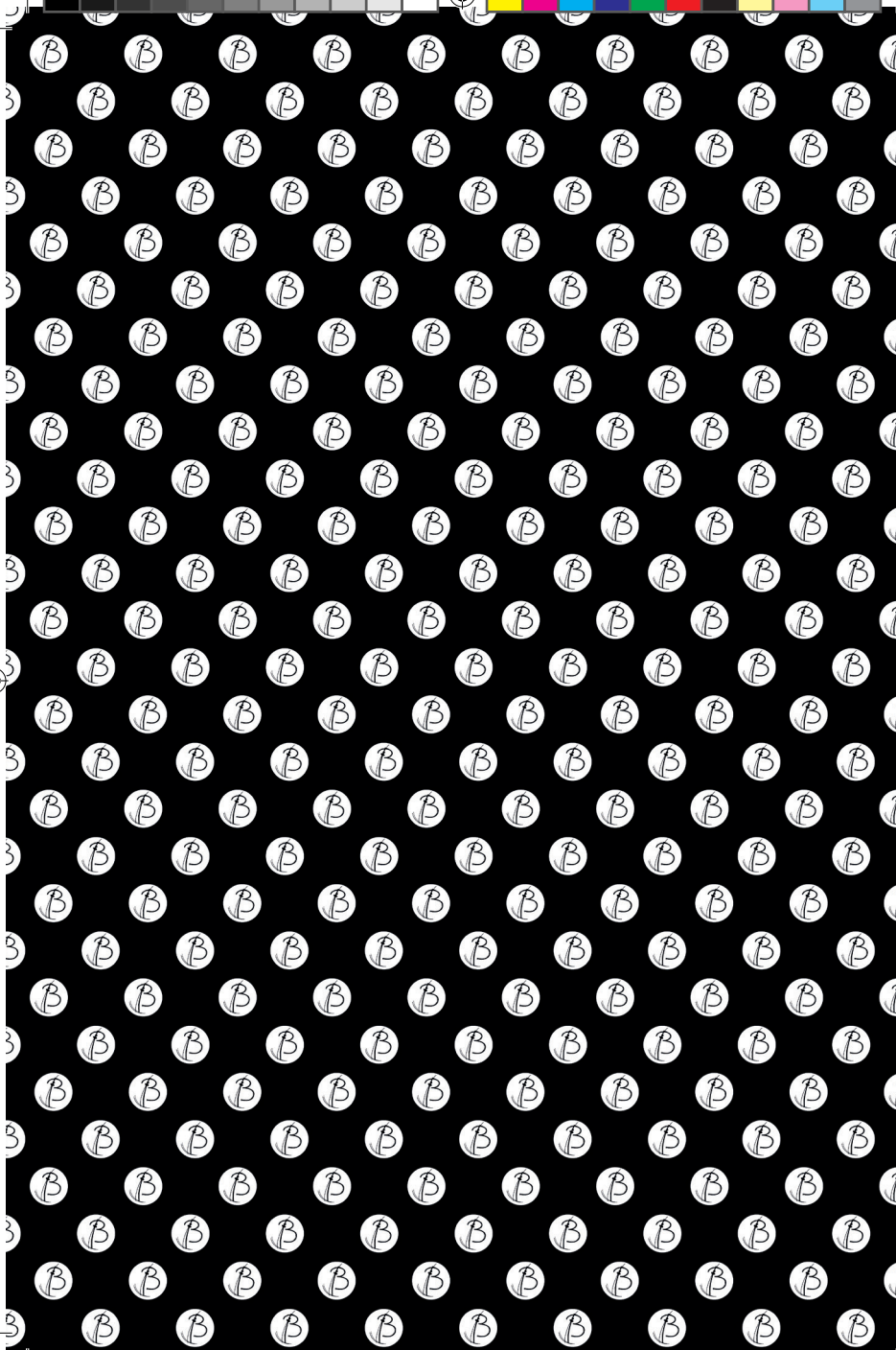












Francesc Miró

EL ARTE DE FABRICAR SUEÑOS

UN RELATO CULTURAL SOBRE
LAS TRAMPAS DE LA MERITOCRACIA



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN





Primera edición: marzo 2025

© 2025, Francesc Miró

© 2025, de la cubierta

Isabel Mora

© 2025, de esta edición

Barlin Project SL

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por

BARLIN LIBROS

Avda. Balears, 61-20

46023, Valencia

Thema: JBCT / DNL

ISBN: 978-84-128892-9-1

Depósito legal: V-233-2025

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





TABLA

INTRODUCCIÓN

13

CUMPLE TU SUEÑO: HISTORIA DE UNA TRAMPA

29

LO QUE PIDES Y LO QUE TE LLEGA: LA PROMESA INCUMPLIDA DEL SUEÑO AMERICANO

41

FICCIÓN Y ÉPICA DE LA MERITOCRACIA

57

CINCUENTA SOMBRAS DEL *SELF-MADE MAN*

77

MÁS ALLÁ DE LA FICCIÓN: QUIÉN TIENE LA LLAVE DEL ASCENSOR SOCIAL

103





¿PADECE USTED EL SÍNDROME *LA LA LAND*?

SINTOMATOLOGÍA Y TRATAMIENTO

119

HACIA UN BUEN VIVIR

141

BIBLIOGRAFÍA

149

AGRADECIMIENTOS

153





INTRODUCCIÓN







«Nada resuelve el dilema de los pobres que sienten que deben elegir entre sucumbir soñando con crear o hacer la revolución»

El entusiasmo

Remedios Zafra

«Ganarse la vida es una expresión afortunadísima que por desgracia suele contener un valor meramente pecuniario, material. Ganarse la vida tendría que ser la aspiración mayor de una persona, pero ganársela en el sentido de honrarla, de estar a la altura del regalo»

Ganarse la vida

David Trueba







Presiona F5. Tras una reunión extenuante con un grupo de abogados, la noche cae al otro lado de las ventanas de una sala de juntas, mientras un chaval mira absorto la pantalla de su portátil. Entonces vuelve a presionar F5. Es el multimillonario más joven del mundo, y acaba de enviarle una solicitud de amistad a una chica. Alguien a quien conoció en la facultad. Estuvieron saliendo un tiempo, pero ella le dejó. Se alejó de él por su obsesión egocéntrica por destacar, el estatus, la aprobación masculina y por ingresar en los Final Clubs de la Universidad de Harvard —sociedades de estudiantes obscenamente elitistas—. Presiona F5. Ahora todo es distinto: ha creado Facebook, la red social más utilizada en todo el mundo con la friolera de 3 065 millones de usuarios activos. Solo que en este momento de la historia tiene 500 millones en 207 países y un valor aproximado de 25 000 millones de dólares. El chaval que mira absorto la pantalla y presiona F5 repetidamente ha cumplido su sueño, *se ha hecho a sí mismo* y ha triunfado. Aunque por el camino se ha enemistado con todos aquellos que le hicieron compañía en la universidad. Aquellos que de-





cían ser sus amigos. Qué más dará. En realidad nada de todo eso importa. Él solo quiere que la chica que le dejó cuando no era nadie vuelva.

El magistral final de *La red social* (2010) de David Fincher nos habla de muchos de los discursos que hoy laten en nuestros entornos: masculinidad frágil, miedo al rechazo, meritocracia y triunfo en la era del capitalismo tardío. También del precio del éxito y de la búsqueda infinita de un objeto de deseo, algo que podría sintonizar con aquel Jay Gatsby para el que todo el dinero del mundo no significaba nada si no podía estar con Daisy Buchanan. Y, sobre todo, tal y como venía pregonando su campaña promocional de pósters con el eslogan «No haces 500 millones de amigos sin ganarte algunos enemigos», ese final nos habla de cómo el éxito profesional más ansiado de una generación —relato inspirador para los emprendedores del mundo— es también un estrepitoso fracaso personal. La creación de «la red social» llamada Facebook se cargó la red afectiva de un Mark Zuckerberg obsesionado con cumplir su sueño.

Otra escena muy distinta. Un joven toca el claxon de su descapotable en un barrio residencial a la hora de la cena, armando un escándalo al que los vecinos no están acostumbrados. Acaba de conducir 457 kilómetros desde Los Ángeles hasta Boulder City, en el estado de Nevada, para decirle algo a la mujer con la que hace nada terminó una relación. No pretende recuperarla ni





pronunciar un discurso romántico/tóxico de aquellos a los que Hollywood nos tiene acostumbrados. Ni siquiera quiere pedirle disculpas o redimirse de forma egoísta. Resulta que una importante agencia de talentos llamó al piso que compartían preguntando por ella. Podría ser el *casting* de su vida, pero ella ha dejado Hollywood y ha vuelto a vivir con sus padres, precisamente, porque está harta de pelear por su sueño de ser actriz. Harta de aceptar con una sonrisa que le digan que ese papel no es para ella, harta de dejarse la piel y el dinero en proyectos creativos personales, en una obra de teatro que ha escrito y producido para que no la vea nadie. Ella se ha rendido, pero él no se ha rendido con ella. Tras provocar un alboroto en el barrio, ella acude a la llamada del molesto claxon y él la convence para presentarse a este *casting*, el último. No tiene nada que perder.

A la mañana siguiente, de vuelta en Los Ángeles, ella hace una prueba espectacular que, efectivamente, va a cambiarle la vida. A los pies del Observatorio Griffith que una vez fue el escenario de sus citas, ella le pregunta qué va a ser de los dos. De lo suyo. Del amor. Él le dice que no lo sabe, que el tiempo lo dirá, pero que ahora no es momento de pararse a pensar en eso porque está a punto de conseguir el papel de su vida. «No creo que podamos hacer nada, porque cuando consigas esto... tendrás que darlo todo de tu parte. Todo. Es tu sueño», le dice él.





Lo que le estaba diciendo es que tendrían que sacrificar lo que tienen, su relación, para tener éxito. El tercer acto de *La La Land* (2016) es una declaración emocionante y bella sobre el sueño americano. El estreno de la segunda película de Damien Chazelle propició muchas de las conversaciones cinéfilas del momento, aunque solo fuera por el error que cometieron Warren Beatty y Faye Dunaway en la entrega de los Oscar. Seis años después de *La red social*, Mia y Sebastian —los dos jóvenes de los que hablaba— encarnaron como nadie el peaje que exige triunfar en los términos en los que se expresa en la sociedad actual y la ficción que ella nos ofrece. Situaba al espectador en el cruce de caminos entre la vida profesional y personal, como si ambas tuviesen que transitar necesariamente direcciones distintas. El cine como cartel luminoso, como señal de tráfico que avisa de que no puedes tener lo uno y lo otro. Si cumples tu sueño, prepárate para quedarte solo. El triunfo como ese lugar al que se llega sorteando los cadáveres de los amigos y amantes que hicimos en el camino. Los sueños y los afectos, según la ficción, se desarrollan aparentemente en dimensiones separadas.

Una última escena: nuestro protagonista ahora es un joven y reputado chef de Nueva York. Esta noche asiste a una cena de gala ofrecida por un restaurante en el que trabajó, y que echa el cierre porque su cocinera jefa se retira. Aunque ya no fuma, el chaval conserva el hábito de salir del tumulto a la fría calle para respirar aire fres-





co, y en esas está cuando aparece la persona cuyo restaurante baja la persiana, una mujer de mediana edad. Entonces el joven aprovecha para agradecerle a quien fue su maestra en la cocina todo lo que aprendió de ella entre fogones. Ella le confiesa que también ha aprendido cosas después de muchos años dedicados a la carrera por convertirse en una de las mejores chefs del mundo. «Aprendí que quiero dormir más, quiero ir más a Londres y quiero ir a fiestas y conocer gente». «Vivir», contesta el joven. «Eso es». Vivir, esa es la razón por la que toda una eminencia de la cocina deja su sueño: porque cuando se dedicó a perseguirlo dejó de vivir.

La escena pertenece a la serie *The Bear* (2022), una de las ficciones audiovisuales que más y mejor ha reflexionado sobre la pasión y el trabajo, el esfuerzo de construir en colectivo un proyecto de empresa que es, también, un sueño: convertir el local que da nombre a la serie en uno de los mejores restaurantes de Chicago. Algo complicado en el competitivo y feroz mundo de la alta cocina. La serie nos enseña cómo todo esto afecta a los personajes, les enfrenta a sus vidas, sus afectos, sus anhelos y pasiones.

La ficción es siempre un síntoma, no un diagnóstico. Por eso he querido empezar este libro con tres ficciones que describen y comparten síntomas, cuya acumulación y parecidos nos pueden conducir hasta un diagnóstico sobre una realidad enferma. Una realidad que enfrenta vida y trabajo, que hace imposible la conciliación de





los afectos con el desarrollo profesional y que a su vez impone el relato de la realización a través de la persecución, consecución y ostentación de los sueños, aspiraciones y objetivos en el ámbito laboral. Lo hace porque puede hacerlo, pero también porque durante décadas la idea de realización, progreso y ascenso social a través del trabajo ha calado hasta producir un suelo fértil donde hoy crecen contadas alegrías y una inmensidad de frustraciones, precariedades, autoexplotación y alienación emocional.

En muchas webs, redes sociales y libros de desarrollo personal es fácil encontrar una sentencia atribuida a Confucio —sabido es que cuanto más antiguas sean las fuentes mayor pátina de respetabilidad y menor el deber de atribuir con acierto— que pasa por ser una de las más grandes falacias que sustentan este enfrentamiento entre vida y trabajo. Se trata del enunciado que reza que «si consigues dedicarte a un trabajo que te guste, no tendrás que trabajar ni un día de tu vida». La realidad es que, si consigues dedicarte a lo que te gusta, lo más probable es que acabes auto explotándote el resto de tu vida. Y, más a menudo de lo que crees, antepondrás aquello «que te gusta» al ocio, el afecto y el tiempo compartido con quienes te rodean. Hasta el punto de que aquello «que te gusta» se convertirá en aquello que te produzca las mayores dosis de infelicidad.

Pero, entonces, ¿quién nos convenció para dedicarnos a lo que nos gusta? ¿Alguien nos dijo que debíamos





perseguir un sueño determinado sin medir nuestros esfuerzos? En este pequeño ensayo sostengo que la ficción, especialmente la cultura audiovisual de finales del siglo xx y principios del xxi, tiene un papel importante en la confección de un relato cultural que nos habla de las bondades del éxito y el esfuerzo. Que, en definitiva, nos habla de meritocracia.

Se puede tejer un hilo conductor que nos lleva del pensamiento providencial a la ética del trabajo moderno; del mito del *self-made man* —el género no es baladí—, un tipo que empezó en un garaje y llegó a cumplir su sueño, a la confianza desmesurada en las virtudes del esfuerzo. Un hilo que, sostengo, conduce a la interiorización de un espejismo que produce grandes dosis de precariedad emocional, destrucción de afectos y autoexplotación. La ensayista e investigadora del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Remedios Zafra, decía: «Es difícil dejar de soñar. Y me pregunto si sabremos entonces diferenciar las oportunidades de vida que esto conlleva de los sucedáneos a bajo precio. Sucédáneos que quizá se proporcionarán para calmar los deseos de pobres y entusiastas privados de mundos materiales y experiencia en ellos». ^{1*} En las páginas que siguen desenredaré la madeja que produce este hilo que, hoy en día, enfrenta más que nunca nuestros trabajos y nuestras vidas... y del que nadie es del todo ajeno.

* Las notas numéricas se encuentran en la Bibliografía (p. 149).





Para muestra, un tuit.² El 24 de abril de 2024, el por entonces Presidente del Gobierno de España y Secretario General del Partido Socialista Obrero Español, Pedro Sánchez, publicó un tuit que decía simplemente: «Carta a la ciudadanía». Adjuntaba, eso sí, cuatro imágenes en las que se podía leer un texto que hacía explícito que estaba calibrando si seguir o no al frente del Ejecutivo. «Llegados a este punto, la pregunta que legítimamente me hago es: ¿merece la pena todo esto? Sinceramente, no lo sé», decía Sánchez en su carta. Su conato de dimisión era una forma de reaccionar a la campaña de «acoso y derribo» que decía estar sufriendo junto a su familia por las informaciones vinculadas a su esposa, Begoña Gómez. «Este ataque no tiene precedentes, es tan grave y burdo que necesito parar y reflexionar con mi esposa. Muchas veces se nos olvida que tras los políticos hay personas. Y yo, no me causa rubor decirlo, soy un hombre profundamente enamorado de mi mujer que vive con impotencia el fango que sobre ella esparcen día sí y día también», insistía el político. En el fondo, lo que estaba haciendo, lo que le estaba diciendo a 47 millones de españoles era que su trabajo —presidente del Gobierno— había puesto contra la espada y la pared su vida —su familia, su matrimonio—. Considerando que, en una carrera política, llegar a ocupar su cargo y dirigir la acción de un gobierno sería sinónimo de alcanzar el éxito, este político había empezado a preguntarse si llegar a la cima no





estaba directamente relacionado con sacrificar su patrimonio. No fue el único, ni será el último en hacerlo.

Un año antes, el jueves 19 de enero de 2023, la primera ministra de Nueva Zelanda, la laborista Jacinda Ardern, anunció que dejaba su cargo por razones personales. Dimitía porque no le quedaba energía para seguir ejerciendo y se reivindicaba como una persona de carne y hueso a la que el cargo estaba pasando factura en lo personal. «No lo dejo porque sea duro, lo dejo porque este trabajo conlleva una gran responsabilidad, y no tengo suficiente energía para hacerle justicia», explicaba Ardern. Era una política que había hecho historia en su país al conseguir revalidar su mandato con una aplastante mayoría a pesar de la pandemia, además de haber situado al Partido Laborista en el Ejecutivo gobernando en solitario, algo que ninguna formación política neozelandesa de ningún signo había logrado desde 1996. «Creo que liderar un país es el mayor privilegio que nadie puede tener, pero también uno de los trabajos más exigentes. No puedes ni debes hacerlo a no ser que tengas el depósito lleno y algo más en la reserva para afrontar los retos inesperados», añadía. «Soy humana, los políticos somos personas. [...] Se puede ser amable y fuerte, y también ser el tipo de líder que sabe cuándo es el momento de marcharse». No hubo ningún caso de corrupción, ni mucho menos un rechazo social a sus medidas ni su programa político, tampoco una campaña mediática en su contra. Estaba, de hecho, en





la cúspide de su popularidad. Lo que sí hubo fue una mujer cansada que optó por cuidarse a sí misma, por defender lo personal sobre lo profesional.

Es evidente que entre los casos de Sánchez y Ardern media un mundo, pero también lo es que existe un dilema compartido. Tal vez el del político español no llegase a terminar en dimisión precisamente porque era un hombre: al hilo del caso de la política neozelandesa no han sido pocas las voces que sostienen que el peso del desarrollo de una carrera política es distinto para una mujer. «A estas alturas parecería desde luego más rompedor y necesario que Pedro Sánchez faltara a una importante reunión de trabajo porque una de sus hijas tiene gripe que seguir escrutando por milésima vez lo que hace una mujer y el efecto que eso, al parecer, tendrá sobre todas», apuntaba en una columna la periodista y escritora Ana Requena.³ «Lo que tiene un efecto del que nadie puede escapar es la normalidad con la que seguimos aceptando esa división artificial entre lo público y lo privado, la indiferencia con la que al parecer hay que vivir lo personal si eres alguien con ciertas responsabilidades, o la exigencia-explotación que damos por hecho tantísimas veces. Esa es la raíz del problema y no lo que cada política haga para afrontar como pueda y quiera su situación personal y profesional». El asunto al que nos enfrentamos no solo hora da la ficción, se adhiere a la vida diaria, a los debates de nuestro tiempo, y afecta incluso a los líderes de las





democracias contemporáneas. Triunfar está bien, pero
¿vale la pena sacrificar los afectos? En las páginas que
siguen pretendo responder a esa pregunta.



